

## «MOBBING»

**H**ABRÁN oído ustedes hablar del «mobbing», como ahora se le llama; es decir, del acoso, de la persecución, del no dejar tranquilo a alguien ni a sol ni a sombra. El «mobbing» es una forma de violencia psíquica (y a veces no tan psíquica) bastante extendida en nuestra actual sociedad y que forma parte de un triste fenómeno macro-social que explica realidades, hoy tan tristemente frecuentes, como el maltrato doméstico, el acoso escolar, el acoso laboral, vecinal, inmobiliario, etcétera.



**DIEGO  
MEDINA**

El «mobbing» ha alcanzado ya también a nuestros centros de enseñanza, es decir, a nuestros menores. Lo cierto es que, en los colegios y escuelas, entre estudiantes siempre, en cierto modo, hubo «mobbing», pero nunca como ahora; por ejemplo, en Córdoba, hace tan sólo unas semanas, un chico fue apuñalado en Tendillas al salir del instituto. Además ahora el acoso y la persecución alcanza incluso a los profesores que empiezan a temer por su integridad. La gravedad de la situación se deduce de las declaraciones que hace unos días hacía a la prensa el secretario provincial del sindicato de enseñanza CC.OO. en Córdoba, Javier Delmás, indicando que «los institutos de la provincia viven una situación de tensión continua».

Ante esta situación deberíamos preguntarnos: ¿Qué está pasando? ¿Cuál es la razón, el motivo, de esta creciente oleada de perseguidores y perseguidos?. Tal vez, si dedicásemos un poco de nuestro tiempo a observar nuestro alrededor, advertiríamos que la razón de esta tragedia que vivimos puede encontrarse en el modelo social imperante, fuertemente fundamentado en el individualismo atroz en el que desarrollamos nuestras vidas, sistema que nos hace incapaces de solidarizarnos con los demás y que menos aún nos permite comprender que en esta vida no hemos sido arrojados a los únicos efectos de disfrutar del placer y la felicidad. Deberíamos saber que el fundamento de la convivencia se encuentra, no en nosotros mismos, sino en la entrega a los demás, es decir, en el reconocimiento de nuestras propias obligaciones, sólo así se alcanza la verdadera felicidad. Tal vez si supiéramos —lo cual hoy no parece posible dado nuestro particular 1984 orwelliano— que no somos meros individuos abandonados a la vida y dependientes —en dura competencia con los demás— de lo que podamos hacer con nuestros propios derechos; tal vez si a nuestros escolares —y a todos nosotros— dijésemos que en la vida hay mucho más que la individualidad y que sólo podemos encontrar nuestro verdadero sentido y lugar —en la vida— siendo solidarios y en comunidad, tal vez sólo si acabamos con el tópico del falso igualitarismo individualista, sólo entonces, quién sabe, encontremos las razones para desechar cualquier tipo de violencia. Mientras tanto el fetiche de la felicidad —individual y de consumo— nos seguirá trayendo violencia y miedo.